

CAPÍTULO QUINTO

LAS VELADAS DE SAN PETERSBURGO (O COLOQUIOS SOBRE EL GOBIERNO TEMPORAL DE LA PROVIDENCIA)

El único de los libros de De Maistre que el tiempo ha respetado ha sido *Las veladas de San Petersburgo*. Hoy en día vuelve a ser publicado y se le sigue comentando, lo que no deja de ser muy extraño y singular, pues la obra no contiene, aparentemente, ninguno de los elementos con los que se construye actualmente el éxito literario y sí, en cambio, muchas digresiones y giros que no pueden decirle sino poquísimo al lector de hoy. ¿Cómo explicar el curioso fenómeno, de un envarado cortesano, cultivador de la historia, la filosofía y la literatura; retrógrado y misántropo, sumido en la pobreza tratando de ocultarla, beneficiado de las caridades del zar, sumergido bajo las aguas de la Corte rusa en San Petersburgo, archiconservador, antipático y moralista, achacoso, intransigente, un viejo remilgoso?

El libro fue publicado póstumamente el mismo año de su muerte, en 1821, como lo fueron las tres obras restantes que habían quedado en su telar: *De la Iglesia Galicana*; *Cartas sobre la Inquisición española* y *Examen de la filosofía de Bacon*. En 1866, Giner de los Ríos tradujo al castellano los catorce volúmenes de sus *Obras completas*.¹²⁴

Durante once “soirées” en las riberas del Neva y en el marco incomparable de la hermosa ciudad que los grandes Pedro y Catalina labraron en medio de un sucio y helado lodazal, fueron surgiendo las ocurrencias del italiano, quien dialoga con los espectros de un caballero francés y un senador ruso. Entre los tres van levantando un palacete literario que albergará los dicterios de la reacción conservadora, sus obsesiones y manías.

¹²⁴ Para las líneas siguientes hemos tenido a la vista la edición mexicana de 2007, *Las veladas de San Petersburgo (o Coloquios sobre el gobierno temporal de la Providencia)*, en la traducción de Casán Herrera.

El clima caluroso en que inician, en julio de 1809 los tres amigos sus conservaciones nocturnas y la rareza de esas noches, les otorga un encanto particular. En el crepúsculo,

el disco solar, cercado de vapores rojizos, rueda como un carro encendido sobre los soberbios bosques que coronan el horizonte y sus rayos, reflejados por el vidriaje de los palacios, ofrecen a la vista del espectador la idea de un vasto incendio... El Neva corre, colmadas sus orillas, por medio de una ciudad magnífica; sus límpidas aguas besan el césped de las islas que abraza y en toda la extensión de la ciudad está contenido entre dos pretiles de granito, una línea recta hasta perderse de vista... El Sol se ocultaba ya en el horizonte; nubecillas brillantes derramaban una dulce claridad, era un dorado crepúsculo que no puede pintarse y que jamás he visto en ninguna otra parte. La luz y las tinieblas parecían mezclarse y entenderse entre sí para formar el velo transparente que cubría entonces la campiña.

De Maistre quiere hacernos creer que, inundado de felicidad (a pesar de vivir separado de su esposa e hijos desde hacía años) se ensombrece al escuchar al caballero francés exclamar: “Quisiera ver aquí, en esta misma barquilla en que nos hallamos, a uno de esos hombres perversos nacidos para desgracia de la sociedad, a uno de esos monstruos que oprimen la tierra... a fin de preguntarle... ¡sobre la belleza de la noche!”.

Pero el curioso lector sabe que no se trata de otra cosa sino de enjuiciar a los monstruos, hijos de la monstruosa Revolución Francesa y que de eso y casi de nada más irán hablando a lo largo de diez noches y una más, advertidos de que los corazones perversos de aquellos revoltosos no tienen jamás ni bellas noches ni bellos días. No obstante ello, sentiría que la Providencia hubiese reservado enteramente para el otro mundo el castigo de los malvados y la recompensa de los justos; “me parece que no estaría de más que pagasen algo a cuenta en esta misma vida”.

Un pesado ánimo vindicativo como éste llenará las siguientes páginas de *Les soirées*, en las que encargaría a la Divina Providencia el sucio trabajo de la venganza histórica. La antropología teocéntrica de De Maistre implica un dato, una constatación, que abre las páginas iniciales:

el hombre es tan distraído, tan dependiente de los objetos que le llaman la atención, tan dominado por sus pasiones, que vemos todos los días al creyente más sumiso prescindir de los tormentos de la vida futura por el placer más miserable... Apoyémonos —dice— tanto como nos sea posible en la vida

futura que responde a todas las objeciones; pero si existe en este mundo *un verdadero gobierno moral*, y si *en esta misma vida debe temblar el crimen*, ¿Por qué descargarle de este temor?

Una confesión de *oscurantismo* macula también las primeras páginas, después de haber reclamo que en las altas cuestiones del gobierno político se le dé voz a los ignorantes y de postular que *un sentimiento interior*, sin previo examen, puede dar cuenta de la falsedad o la exactitud de ciertas proposiciones:

Si se me viene a contar que el planeta que habitamos no es más que un pedazo de sol arrebatado hace millones de años por un cometa extravagante que recorría el espacio, o que los animales se hacen como las casas, poniendo una junto a otra [?] o que todas las capas de nuestro globo no son más que el resultado casual de operación química y otras cien cosas más como éstas que se han propalado en nuestro siglo, ¿se necesita haber leído mucho, haber reflexionado mucho o pertenecer a cuatro o cinco academias para *conocer la extravagancia de estas teorías*?

El repudio a la Ilustración, al *sapere aude* kantiano, no podría ser más incisivo y terminante. Se denuncia a la razón, inquisitiva y crítica, que una vez se creyó panacea individual y colectiva, trasmutada en soberbia intelectual, estéril socialmente y que compromete la salvación del alma. Mejor contar con ese *instinto secreto*, apto para descubrir las verdades, aún las de la ciencia natural, pues es

infinitamente digno de la Suprema Sabiduría, que todo lo ha creado y arreglado, el haber dispensado al hombre la ciencia de todo lo que verdaderamente le interesa... Hay un *sentimiento interior* que conduce al hombre de bien y lo pone en guardia contra el error en las mismas cosas que parecen exigir un aparato preliminar de estudios y de reflexiones...

Volviendo a la desgracia de los justos y la prosperidad de los malvados es preciso partir de otra nueva tesis: “no perdáis jamás de vista esta gran verdad, que *una ley general, si no es injusta para todos no es la que tiene efecto sobre todos, sino la que se ha establecido para todos; el efecto sobre tal o cual individuo no es más que un accidente*”. Es necesario, para acabar de comprender el sentido y el rumbo de la historia y de las instituciones políticas, apoyarse en Tomás de Aquino, quien enseñó que

“*Dios es el autor del mal que sirve de castigo, pero no del que constituye la culpa*”. Se requiere también acabar por admitir que, desde siempre

el castigo es un gobernador activo, es el verdadero administrador de los negocios públicos, es el dispensador de las leyes... El castigo gobierna la humanidad entera; el castigo está en vela cuando las guardias humanas duermen. El sabio considera el castigo como la perfección de la justicia. La inocencia no existe y sólo el temor a las penas es lo que permite disfrutar de la felicidad que le está concedida.

Quedan asentados, de este modo, los supuestos generales de una teoría políticamente conservadora, filosóficamente fideísta e históricamente retrógrada del poder estatal.

Y también un retrato magistral del *verdugo*, que llamó mucho la atención de sus contemporáneos y que hoy sigue leyéndose, no sin cierta truculencia, tratándose, como dice De Maistre, de *un ser extraordinario*, que vive condenado a la soledad irremediable pero con la íntima satisfacción de que “*nadie sabe ejecutar como lo hace él*”.

Recuerda, por si algo faltara, que “*toda grandeza, todo poder, toda subordinación descansa en el ejecutor: es el horror y el nudo de la asociación humana*”. En esta tramposa, inadmisiblemente afirmación podrían reconocerse hoy los líderes, ayatolas y caudillos “*salvíficos*”, los de toda cruzada contra “*El Maligno*” (sea cual fuere el nombre particular que adopte en cada caso: enemigo interior, roba-vacas guerrillero, profesor iconoclasta, criminal envenenador... loco incurable, profetas del desastre y que hoy pudieran acabar siéndolo también el indignado digno, el ocupa miserable, el huelguista hambriento...).

En la cima de la obcecación proverbial que hace fascinante a De Maistre, arremete contra Voltaire en el único tema en que éste es inatacable: el proceso Calás, la atrocidad judicial más famosa del siglo XVIII, sosteniendo, impertérrito, que “*nada menos probado que la inocencia de Calás*”. Para apoyar su aserto esgrime la carta del dueño de Les Delices a Tronchin, magistrado de Ginebra. Pero es que De Maistre es incapaz de leerla en otra clave que no sea la del moralista. Así, pretende soslayar que aquella pluma era soberbia cuando su incurable ironía abría márgenes amplios a la imaginación cortés y elegantísima, que el saboyano no podía admitir, siéndole repulsiva y abominable.

Su conclusión es de “guerra sucia”: “*Que perezca un inocente es una desgracia como cualquier otra*”. La arbitrariedad y el azar también son efluvios de la Providencia, el magno auxiliar del Ministerio Público:

Hay muchas veces en las casualidades que ocasionan *el descubrimiento* de los malvados más diestros alguna circunstancia tan inesperada, tan sorprendente, tan imprevista, que *los hombres llamados por sus ocupaciones a seguir el giro de esta clase de negocio* se sienten inclinados a creer que la justicia humana no se halla desprovista, en *la averiguación* de los culpables, de cierto *auxilio extraordinario*.

La trascendencia cede su sitio a la inmanencia para ponerle punto final a la primera desvelada: “Recuerdo que Bossuet, predicando ante Luis XIV y toda su corte, trajo a la medicina por testigo sobre las funestas consecuencias de la voluptuosidad”. ¿El improbable lector de esto recordará, a su vez las admoniciones médico-eclesiásticas sobre el VHS, las del bando “golpepechista”? Si es así, reconocerá también el linaje de esa turbamulta infame, la *epidemióloga infratartufa*, horrorizada no del horror de su propia ejecutoria, sino de la sexualidad humana con el vértigo envidioso del hipócrita solemne, dueño pretendido de lo que es saludable para todos, por decreto propio: “Si no hago ninguna distinción entre las enfermedades es porque *todas ellas son castigos*”.

“El té es en Francia un remedio contra el reuma y no se encuentra en el placer bastante como para hacer de él una necesidad”, dice el caballero desvelado en la segunda noche, incurriendo en un desliz que podría haberle restado admiradores futuros, sobre todo entre los ingleses de nacimiento y de adopción, la *Legión Joviana* del conservadurismo de hoy, alimentando con las galletitas espolvoreadas con arsénico de “Tacher, UnLtd”, feroz abuelita de los idólatras del mercado. (También renegará del café y el azúcar... pero no del vinagre, o la sal, ni de la panoplia del trigliceridismo que conoció). En cambio y, sin que venga a cuento, ha de ser abofeteado Rousseau, apologista de la degradación salvaje, “uno de los sofistas más peligrosos de su siglo, el más destituido de verdadera ciencia, de sagacidad y, sobre todo, de profundidad aparente, que está toda en las palabras”. ¿Qué dirían hoy de esto los lacanianos?; ¿qué juicio merecen estos despropósitos ignorar? Para algunos serán un evangelio aunque pobretón y adocenado de pequeñoburgués, plácido y rutinario.

Ni siquiera vale la pena consignar su indocta opinión de la investigación de Rousseau, sobre el origen del lenguaje, que pasa sobrevolándola, como si se tratara de un inconveniente topográfico o de una pueril ocurrencia para más adelante proponer la suya. Tampoco atrae la especulación sobre “pecados originales de segundo orden”, abstrusa disertación, sin pies ni cabeza, plagada de los “más o menos” que tanto ofenden al lector. Convince la idea de que las luces, “que elevan al hombre hasta la región de los ángeles, no sirven más que para demostrarle inclinaciones abominables que le hacen descender a la región de los brutos. Busca en las profundidades de su ser alguna parte sana, sin poderla encontrar: el mal lo ha corrompido todo, y *el hombre entero es una enfermedad*”.

¿Cómo suscribir esta abjuración del humanitarismo y de la fraternidad? ¿A quién puede aprovecharle esta deserción incalificable? ¿Qué proyecto, cuál esperanza cabe alimentar al compás de este “toque de queda”, el de los inmovilistas de ayer y hoy, de mañana, de siempre?

Una de las claves para leer a De Maistre viene de San Pablo, invocado en las veladas y traducido por Racine: “*Yo no hago el bien que amo y hago el bien que aborrezco*”. Añade el italiano:

¿Qué importan las palabras. El hombre es malo, horriblemente malo. ¿Lo ha creado Dios tal? Ciertamente que no... Luego no pudiendo ser la degradación sino una pena y suponiendo la pena un crimen, la razón por sí sola se encuentra conducida, como por fuerza, *al pecado original*... No se puede ser malvado sin ser perverso, ni perverso sin ser degradado, ni degradado sin ser castigado, ni castigado sin ser culpable... Nada hay, por ende, tan intrínsecamente admirable como *la teoría del pecado original*.

La ontología de la naturaleza humana, es la de una sustancia esencialmente pecadora y pecaminosa. ¿Qué historia puede ser escrita por seres así? ¿Cuál vía ha de recorrerse a fin de no sucumbir en los infiernos de la desolación satánica? ¿Cómo ha de salvarse el género humano en este valle de lágrimas. El territorio de su peregrinaje temporal en pos de la patria celestial? Antes que otra cosa, reconociendo sus límites pues

estamos cegados sobre la naturaleza de la ciencia por medio de un sofisma grosero que ha fascinado a todos, a saber: el de juzgar el tiempo en que los hombres veían los efectos en sus causas, por aquel en que se elevan trabajosamente de los efectos a las causas, en que no se ocupan sino de los efectos,

en que dicen que es inútil ocuparse de las causas, en que no saben ni aún lo que es una causa.

Enderezando el rumbo es menester admitir el concierto perfecto entre la tradición ancestral, la razón y la revolución: las causas, el conocimiento de las mismas, es la única vía para llegar a dicha plenitud humana, a la armonía de la inteligencia, la sensibilidad y la espiritualidad. De Maistre, picado por la tarántula del esoterismo, se permite adicionales y divertidísimas hipótesis, a cual más de fantasiosas e increíbles, alrededor de la “ciencia antigua, misteriosa y encerrada en los templos, donde se extinguió, al fin, cuando esa llama no podía servir ya sino para abrasar”. Aprovecha la letanía para arremeter con el emblema antropológico del siglo XVIII, el del “*buen salvaje*” que le causa paroxismos de indignación: “la edad de oro fue la primera que se manifestó en la tierra”, muy diferente a la edad de las chozas “*salvajes del Paraguay*”, ¡nada más eso faltaba! Dice: “Había *demasiada verdad* en el primer impulso de los europeos que se negaron, en el siglo de Colón, a reconocer por semejantes suyos a los *hombres degradados* que poblaban el Nuevo Mundo”. De Maistre se hace eco de la opinión de Robertson quien desconfiaba de los escritores del clero que salieron en defensa de los indios (Vitoria, Las Casas, Motolinía) y de sus vanas y culpables declamaciones contra el orden social. Por si alguna duda cupiera de su eurocentrismo xenófobo queda su pluma vomitando la sinvergüenzada de la siguiente afirmación, contradicha por los cronistas de Indias:

No puede fijarse por un momento la vista en el salvaje sin leer escrito el anatema, no digo solamente en su alma, sino hasta en la forma exterior de su cuerpo (*sic*). Es un niño deforme, robusto y feroz, en quien la llama de la inteligencia no arroja sino una luz pálida e intermitente. Una mano terrible que pesa sobre esas razas sacrificadas borra en ellas los dos caracteres distintivos de nuestra grandeza: la previsión y la perfectibilidad... Desde hace más de tres siglos nos contempla sin haber querido tomar nada de nosotros, excepto la pólvora para matar a sus semejantes y el aguardiente para matarse a sí mismo...

¿A qué seguir cuando la mala fe dogmática dicta la serie completa de exabruptos? Hay solamente una chispa de lucidez: “*descansa [el salvaje] en nuestra avaricia, que no le faltará jamás*”.

Con la tesis que viene en seguida, el lector vuelve a enfrentar el núcleo de De Maistre, su pertinaz creencia en los superiores títulos de la autoridad sobre la razón, parafraseando a Agustín de Hipona, quien sostuvo que “*el orden natural exige que cuando aprendamos alguna cosa, la autoridad preceda a la razón*”.

La razón humana —afirma el conde saboyano— está plenamente convencida de impotencia para guiar a los hombres porque muy pocos son los que están en estado de razonar bien y ninguno hay que razone bien en todo: luego entonces, es indispensable la inteligencia para actuar en el mundo, guiada por la autoridad de la tradición y la revolución, en ausencia de las cuales la razón suele extraviarse.

En la cuarta desvelada se esboza una suerte de *política criminológica*, proponiendo que,

siendo todo mal un castigo, resulta que ningún mal puede ser mirado como necesario, puesto que puede evitarse... No habiéndose hecho precisos los castigos más que los crímenes, y siendo todo crimen o delito el acto de una libre voluntad, resulta que todo castigo puede evitarse, puesto que puede no cometerse el crimen. Añado —dice un De Maistre disfrazado de El Conde— que aun después de haberse cometido, puede todavía evitarse el castigo de dos modos: porque, desde luego, *los méritos del culpable, o también de sus antepasados, pueden equilibrar su falta*; en segundo lugar, porque sus fervientes súplicas, o bien las de sus amigos, pueden desarmar al soberano.

Nada logró vislumbrar De Maistre de la llamada Escuela Clásica del tema, de Lombroso y Garófalo, ni de la obvia constatación de que el delito es un *mixtum compositum* entre condicionantes económico-sociales y pulsiones individuales que, conjugados, ayudan a explicar la infracción. Su óptica es un anteojo de la Edad Media.

Un paréntesis del alegato le da pie para arremeter, de nueva cuenta, contra el Voltaire de sus peores pesadillas: “No hay que hacerse ilusiones: si alguno, recorriendo su biblioteca, *se siente atraído hacia las obras de Ferney, es señal de que Dios no le ama*”. El enigma por develar aquí es el lugar y el momento en que De Maistre recibió esta confianza de Dios Todopoderoso, lo que, de ser precisado, tendría un impacto inaudito y le habría ganado la inmortalidad.

A la quinta de las once noches De Maistre adelanta otra tesis: “Es una de las leyes más evidentes *del gobierno temporal de la Providencia* que

todo ser activo ejerza su acción en el círculo que le está trazado, sin que pueda nunca salir de él”. En tal virtud, hay que resignarse, tanto en lo individual como en lo social, a permanecer encerrado en un fatalismo providencialista que expresa el orden inmutable del cosmos y que supone una gnoseología de las “ideas innatas”, ese expediente prekantiano. (De nuevo, una chispa de genio, cuando avisora la necesidad de explorar la inteligencia de los animales, que también operan —dice— con ideas innatas). En un alarde de indocta temeridad llega a sostener que la Ley de la atracción universal, Newton no la formuló como una ley de la mecánica, aduciendo las cartas “teológicas” del dueño de la Royal Society al doctor Bentley (de las que habría que desconfiar, recordando la índole dogmática, fieramente religiosa, del destinatario).

“Newton —dice De Maistre por voz del Conde— dejaba a sus lectores la cuestión de saber si el agente que produce la gravedad es material o inmaterial”. Asombrosa tenacidad para una deleznable causa. Hasta la quina peruana es puesta en cuestión, pues “una madera” no puede curar la fiebre y si la cura, “¿por qué vamos tan lejos por ella?: ¡bajemos al jardín pues los arboles suministran toda suerte de maderas, inclusive las que curan las fiebres tercianas de Rusia!”.

Lo que a toda costa desea De Maistre es meter a toda costa un agente remoto en lo que acontece: la *Providencia*, que también interviene para aliviar o empeorar los estremecimientos y sudores febriles de las infecciones. No hay que olvidar que resulta utilísima si se le invoca con verdadera unción religiosa y así ocurre que las oraciones pueden ser más provechosas para librar el relámpago mortífero que un pararrayos. Que el fragor del trueno retumbe entre rocas desiertas y en planicies solitarias es una prueba más del aserto, puesto que es evidente que las plegarias, al ser atendidas por el altísimo, logran que la física se cumpla sin perjuicio del hombre devoto.

No encontrando más remedio, De Maistre admite, al final de la *soirée*, que “los derechos del hombre son inmensos y su mayor desgracia es ignorarlos; pero su verdadera fuerza espiritual es la oración, por medio de la que, poniéndose en relación con Dios, ejerce, digámoslo así, una acción todopoderosa, puesto que atrae la voluntad divina”. Se puede deducir de esto su peculiar doctrina de los derechos del hombre: *el secundarismo*. Antes que esos están “los derechos de Dios” a ser invocado fervorosamente. Al escuchar las alabanzas a su omnipotencia, Dios pone

en marcha la positividad jurídica y sólo entonces hay derechos humanos en serio, potentísimos gracias a Él. Resulta que en virtud de la economía de la salvación, el desvarío a que conducen los desordenados y múltiples deseos del hombre sea contenido entre límites precisos de índole moral, negados por la “teofobia” del funesto siglo XVIII.

Con todo, la obra es el dechado erudito de un ávido lector (empecinado en hallar al diablo hasta debajo de las letras) Raynal y Port Royal, Locke, Bacon, Condillac, Voltaire, La Harpe, Bossuet, Rousseau, Bellarmino, Wren, Kircher, Madame de Sevigne, Pascal, Gibbon, Richardson, Fenelón, Walpole, La Bruyere, Saint Pierre, asombroso enciclopedismo que merecía haber estado al servicio de causas mejores que las defendidas por el “ultra” desvelado de San Petersburgo. Una muy menor es la apología del fuero militar, que se remonta a su entender a la exclusiva que el palo de la vid (el más inútil de todos) tuvo como instrumento de castigo a los soldados romanos. Ningún hombre que no fuese militar podía ser golpeado con la vid y ninguna vara que no fuese de la vid podía servir para golpear a un militar. De Maistre propuso sustituir la vid... ¡por el laurel!, disparate consistente con su laudanza de la condición castrense:

“Yo, por mi parte, siempre he admirado el buen sentido militar. Lo prefiero infinitamente a las habilidades de los hombres de negocios. En el comercio ordinario de la vida los militares son más amables, más asequibles; aun muchas veces, a mi juicio, más serviciales que los demás hombres. En medio de las turbulencias políticas se muestran generalmente intrépidos [en ocasiones, demasiado intrépidos, nos atrevemos a añadir con la perspectiva que da el tiempo nuestro, tan distinto al de De Maistre]. Intrépidos defensores de las más sanas máximas y los más sutiles sofismas se estrellan casi siempre en su rectitud; se ocupan con gusto en adquirir conocimientos útiles de la economía política por ejemplo; la única obra del mismo género que se ha señalado en Francia es también la de un militar, el mariscal Vauvan [De Maistre soslaya la contribución de otro efímero militar, que para él habría tenido el inconveniente de las “liassons dangereuses” del siglo XVIII, Choderlos de Laclos].

Es él un clásico filomilitarista, pusilánime y medroso, disfrazado de audaz y valiente (como alguno aquí, hasta hace poco, aunque sin pizca de talento, pues ya se sabe que la especie “calderonhinojosista” carece de él).

No ignora, De Maistre, la bélica frase de Charron: “*hay necesidad de trepar sobre un montón de cadáveres para poder ver más lejos*”, añadiéndole una de Rousseau “de verdadera filosofía”: “La ira de los reyes

es la que arma la tierra; pero es la ira del cielo la que arma a los reyes”, ocasión casi única en la que los dos profetas coinciden, uno en clave crítica y otro en la providencialista. La guerra como ley universal,

el decreto de la muerte violenta escrito sobre las fronteras mismas de la vida... No pasa un instante sin que un ser viviente no sea devorado por otro. Sobre estas numerosas razas de animales está colocado el hombre, cuya mano destructiva (calamidad universal que puede llegar a ser apocalíptica) no deja libre nada de lo que vive, mata para alimentarse, mata para vestirse, mata para resguardarse, mata para atacar, mata para defenderse, mata para instruirse, mata para divertirse, mata por matar (lo que hace de él monstruo sanguinario que atemoriza al mismo lobo... El filósofo puede descubrir —añade— de qué modo *la matanza permanente* está provista y ordenada en todo el mundo.

Pero esta ley, ¿no se cumplirá en el hombre? Sí, sin duda. Pues entonces, ¿qué ser exterminará a aquel que a todos extermina? El mismo. El hombre es quien está encargado de degollar al hombre, a pesar de su calidad de ente moral, que le impulsaría a la compasión a la clemencia y al llanto ante el propio dolor y el de sus congéneres (las lágrimas del romanticismo literario de Rousseau y Richardson).

“La guerra es la encargada, entre los hombres, de ejecutar el decreto universal”. Este fatalismo inhumano de De Maistre es otro más de los ingredientes repulsivos de sus excéntricas lucubraciones, pues en dicho orden de ideas todo acuerdo para pacificar es contra natura, lo que nadie dudaría en calificar como un enorme disparate, rematado con otro peor:

La guerra es divina por la gloria misteriosa que la rodea y por el atractivo, no menos inexplicable que a ella nos conduce. *La guerra es divina* en la protección otorgada a los grandes capitanes, aun a los que se arriesgan, que rara vez son heridos en los combates. *La guerra es divina* por la manera en que se declara...

¿Vale la pena seguir teniendo a De Maistre, como quisiera Canetti, “de adversario”, de rectificador del horror revolucionario guillotinator él, que, como se ve, pasa algunas veces entre las ovejas como el lobo disfrazado de pastor? ¿No sería ya la hora de ponerlo en el sitio oprobioso que merecen sus ideas y dejarse de sutilezas pseudo literarias, que son, en el fondo, coartadas ideológicas del peor cuño? No importa, aquí menos que nunca, la idolatría del ennoblecido Isaías Berlin, gurú tan de la moda

neoliberal de los funestos años de la década Thatcher-Reagan. Si éste fue uno de sus ídolos, todo aquello queda más que explicado. En un lapsus de humorismo, negro e involuntario, suscribiría aquello de: “llegaron los sarracenos y nos molieron a palos, pues Dios está con los malos cuando son más que los buenos”.

El alegato protosionista de la velada séptima seguirá entusiasmado a algunos como lo hará la tesis de que, a lo largo y ancho del vasto mundo, hay testimonios de una antigua y común religión positiva que confirmarían algunos preceptos bíblicos, el fuego nuevo y la circuncisión, conocidas por peruanos y mexicanos.

La velada octava culmina con otra atrocidad, el *ignorantismo* del erudito:

¿Sabéis, señores, de donde proviene ese desbordamiento de doctrinas ultrajantes que tratan a Dios sin respeto, pidiéndole cuenta de sus decretos? Proviene de esa numerosa falange que se llama *los sabios*, a quienes no hemos sabido mantener en este siglo en el lugar que les corresponde que es el segundo [...]... Por todas partes han usurpado una influencia sin límites y, sin embargo, si hay alguna cosa segura en el mundo es, a mi parecer, que no es la ciencia puramente terrenal la encargada de dirigir a los hombres... Es necesario haber perdido el juicio para creer que Dios ha encomendado a las academias el cuidado de enseñarnos lo que es Él y lo que le debemos. A los prelados, a los nobles, a los grandes dignatarios del Estado es a quienes corresponde ser depositarios y guardianes de *las verdades conservadoras y consoladoras*.

Con esto, ya está dicho todo lo que De Maistre buscaba y cabe preguntarse si no se trató, en el fondo, sino de una inmensa *boutade*, como le hubiera gustado calificar a la Ilustración política y jurídica, su inversa Némesis.

Una sarta de descalificaciones inargumentadas llenan el final de la obra, fingiendo no conocer al autor, él mismo de las *Consideraciones sobre Francia* y presumiendo de sus libros raros, sus “elzevires”:

- Nada hay más falso que postular las Constituciones políticas deliradas y escritas como las mejores.
- No hay otra cosa sino violencia en el Universo entero.
- La filosofía del siglo XVIII, D’Alembert a la cabeza, es filosofía *glacial*.
- El cristianismo es, antes que oriental, italiano: Roma fue (al cabo de veinticinco años de muerto el fundador) la capital de Cristo.

- Judea emponzoñaba, en época de Pompeyo y Tito, al mundo entero.
- Toda la filosofía antigua (Platón, Aristóteles, Plotino, Lucrecio) queda eclipsada ante la sola lectura del libro de Séneca sobre *La sabiduría*.
- Los judíos son el pueblo más tolerante de todos los que hay. Sabido es el modo absolutamente *liberal* con que Eliseo resolvió el caso de conciencia propuesto por un capitán de la guardia siríaca (pasaje veterotestamentario muy poco conocido al igual que muchas de sus estrambóticas citas a pie de página).
- Si la gloria es hereditaria, según la opinión de todos los hombres, la infamia debe también serlo, por la misma razón.

De nuevo y para concluir, De Maistre hace alarde de sus conocimientos legales, en una larga página que vale la pena conocer, aun cuando sólo fuera para llegar a un juicio provisional y ponderado sobre *Les soirées de Saint-Petersburg*:

Cierto aturdimiento, una ligereza, la contravención de algún reglamento de policía son actos que pueden ser reprimidos desde luego; si se trata de un crimen propiamente dicho, jamás debe ser castigado el culpable sino después de comprobarse bien el delito. Bajo el *imperio de la ley mahometana* (y de la actual arbitrariedad securitaria *mexicana*) la autoridad castiga, hasta con la muerte, al hombre que juzga acreedor a ella, en el momento y en el mismo lugar en que le coge; *y éstas son bruscas ejecuciones, que no han dejado de tener ciegos admiradores, ofrecen una de las numerosas pruebas del embrutecimiento y reprobación de esos pueblos...*¹²⁵

Entre nosotros el procedimiento es enteramente *diferente*: es preciso que el culpable sea aprehendido, que sea *acusado* y que se *defienda* y, sobre todo, es preciso que piense en su conciencia y negocios; son necesarios *preparativos materiales para su suplicio*; en fin, se requiere de cierto *tiempo para conducirlo al lugar de su ejecución*. *El cadalso es un altar*; luego, no puede alzarse ni abolirse sino *por la autoridad*. Estas dilaciones previstas con gran escrúpulo por la ley, aunque se miren estorbosas, son una prueba de nuestra superioridad. Si llegara a ocurrir durante el lapso que acaece entre el momento del crimen y la hora del castigo, que el soberano mudara de nombre, ¿qué le importa esto a la justicia?

¹²⁵ De Maistre, Joseph, *Consideraciones sobre Francia, cit.*, p. 302.

(Y, en correspondencia, habría que preguntarle a De Maistre ¿qué le importa políticamente al nuevo soberano la pretensión del antiguo de hacer *su justicia allende la vigencia de su autoridad?*). Es necesario que ella siga su curso ordinario. Aun haciendo abstracción de esta unidad, nada es humanamente más justo, porque ningún *heredero puede dispensarse de pagar las deudas que tenga la sucesión* (derecho civil cuando se trata de particulares y justicia retrospectiva en los casos históricos de responsabilidad política lesiva a los *estándares humanitarios*) a menos que renuncie a ella. *La soberanía responde de todos los actos de la soberanía*” (lo que, dicho por el más exaltado de los “*inmóviles providencialistas*”, adquiere el prestigio insólito de *universal consenso*, en virtud del cual la responsabilidad del Estado en lesiones penales de alcance universal ha de tenerse por inextinguible). Todas las dudas —subraya el embajador dialoguista— todos los tratados, *todos los crímenes lo obligaron y los crímenes del Estado*, lo obligan imprescriptiblemente.

Si por algún *acto desordenado* organiza hoy un germen malo (v. gr. el de la *impunidad sistemática*) cuyo desarrollo natural debe obrar una catástrofe dentro de cien años, este golpe lo recibirá [el Estado] a los cien años y para sustraerse a él es preciso renunciar (a la preponderancia política). “*Jamás reina tal Rey, sino El Rey, sea inocente o culpable*”. Impecable concatenación lógico-jurídica a la que nuestros paréntesis rinden un admirado y encomiástico tributo que De Maistre posiblemente rehusaría escandalizado.

Con inocultable “*emoción profética*” De Maistre rubrica sus últimas frases echando mano de un tono microapocalíptico”:

Ahora más que nunca debemos, señores, encontrarnos dispuestos para un acontecimiento inmenso *en el orden divino*, hacia el que marchamos con una velocidad que debe espantar a todos los observadores... terribles oráculos anuncian que *han llegado ya los tiempos* y muchas de las profecías contenidas en el Apocalipsis se refieren a nuestros tiempos y el acontecimiento, ya comenzado, es que *la nación francesa debía ser el principal instrumento de la más grande de las revoluciones*.

Al percatarse del juicio contundente e incondicional, De Maistre dejó descansar su pluma, después de haber releído, incrédulo, esa confesión postrera de lo inútil que acabó siendo su visceral repugnancia ante la grandeza colectiva de 1789.

Un *Estudio de la soberanía*, hoy prácticamente desconocido, permitiría redondear el perfil ideológico de Joseph de Maistre, en quien nos hemos demorado por la razón fundamental de haber sido el heraldo brillante y principal del *restauracionismo político* y también del *conservacionismo filosófico-jurídico* del inicio de la decimonónica centuria¹²⁶ adversa a los derechos de 1789 y 1793.

Al igual que en otras diversas letras suyas, De Maistre se siente llamado a destruir “hipótesis etéreas”, contrarias al sentido común y a la experiencia, aun cuando cientos de sus páginas sean eso precisamente, “hipótesis etéreas”.

El hombre aislado... en modo alguno es el *hombre de la naturaleza*... es un proto hombre, un bosquejo del hombre pleno y toda cuestión sobre *la naturaleza del hombre* ha de resolverse por la historia. El filósofo que desea mostrarnos por un razonamiento *a priori* lo que ha de ser el hombre, no merece que se le haga caso. Está sustituyendo la experiencia por la conveniencia y la voluntad del Creador por sus propias decisiones... Supongamos que alguien lograra mostrar que un salvaje americano (¿maya, inca, quechua?) es más feliz y menos vicioso que el hombre civilizado. ¿Cabría concluir de ahí que este último es un ser degradado, o, si ustedes quieren, que está más alejado de la naturaleza que el primero? En modo alguno.

De Maistre, para quien Jean-Jacques Rousseau era su revulsivo personal, se inventa una salida de pie de banco sosteniendo que “hablando con propiedad, nunca ha habido una época anterior a la sociedad por lo que hace al hombre, porque antes de la formación de las sociedades políticas el hombre no era un hombre completo y porque es ridículo buscar las características de cualquier ser en el estado embrionario de ese ser”. El saboyano había quedado anclado en la visión aristotelicotomista de *la potencia y el acto* que permite explicar el ininterrumpido devenir de las criaturas. Pero, no apto para especulaciones sistemáticas y de mayor aliento, pronto concluye que “la sociedad no es obra del hombre sino el resultado *inmediato* de la voluntad del Creador *que ha querido que el hombre fuera lo que siempre y por doquier ha sido*”.¹²⁷ La retrogradación ideológico-política queda de manifiesto, nítida e inocultable: no sólo el

¹²⁶ De Maistre, Joseph, *Estudio de la soberanía*, trad. de Arbolí Gascón, México, 1975, pp. 38-46 (selección de J. S. McClellan, Universidad de Nottingham).

¹²⁷ *Ibidem*, p. 40.

contrato social es una quimera del siglo XVIII, sino también lo es la doctrina jurídico-política de la escolástica barroca del XVII, concretamente el magno tratado de Francisco Suárez, *De Legibus ac Deo Legislatore* de 1613. Con esto, De Maistre se sitúa en una Edad Media anacrónica y grotesca. Los tratadistas escolásticos exploraron la pertinencia hipotética de un “pacto social”, De Maistre, ni eso pudo concebir siquiera:

Es una *equivocación básica* imaginarse el estado social como un estado operativo fundado en el consentimiento humano, en la deliberación y en un contrato original, *algo que es una imposibilidad*. Hablar de un estado de naturaleza en oposición al estado social es ponerse deliberadamente a hablar de sandeces [es decir en el común idioma de sandios ilustres, como Rousseau y Hobbes]. La palabra “naturaleza” es uno de aquellos términos generales que, al igual que todos los términos abstractos, se prestan a que se abuse de ellos [lo que hacen todos los demás escritores, excepto, claro está, él mismo].

En un sentido más lato esta palabra significa realmente la totalidad de las leyes, poderes y resortes de las acciones que constituyen el mundo, y la *naturaleza particular* de tal o cual ser es la totalidad de las cualidades que lo constituyen en lo que es y sin las cuales sería otra cosa y *no podría cumplir con las intenciones de su Creador* (no deja de ser atractivamente enigmático llegar a saber por virtud de qué artes De Maistre conocía las intenciones inescrutables de Dios y sus planes bondadosos para con el género humano) conocimiento abstruso e improbable.

“La naturaleza del hombre es ser un animal que conoce, religioso y sociable... El orden social, dice Rousseau, *es un derecho sagrado* que constituye la base de todos los demás. No obstante, este derecho no viene de la naturaleza; está fundado, por tanto, sobre la convención”. Pero, pregunta pérfidamente De Maistre: ¿qué es la *naturaleza*?, ¿qué es un *derecho*? Y, claro la respuesta, en el texto de Rousseau, no puede ser la del escolapio interrogado por el dómine de primeras letras. No pace haber explorado ni comprendido el papel de las hipótesis en la formulación de las teorías sociales, puesto que para él únicamente valen las revelaciones, las verdades incommovibles y congeladas, los prejuicios y las rutinas doctrinarias. Así, no es posible hallar ninguna respuesta puesto que, en el fondo, no hay nada que preguntar ante “verdades eternas”. Pero De Maistre era incapaz de admitir que lo suyo no fue nunca el diálogo sino un monólogo monocorde, monótono y monomaniaco del ultra conserva-

dor, tan aburrido como los panfletos del cualquier revolucionario dogmático e irreductible.

Desde la helada cumbre de su intransigencia obcecada, De Maistre escribe:

En su libro maligno sobre los derechos del hombre Paine dijo que la Constitución es antecedente al gobierno; que aquélla es al gobierno lo que las leyes son a las cortes; que es visible y palpable artículo por artículo o no existe en modo alguno; de manera que los ingleses no tienen Constitución pues su gobierno es producto de la conquista y no de la voluntad del pueblo. Será difícil meter más errores en tan pocas líneas. No sólo el pueblo puede dejar de darse una Constitución, sino que ninguna asamblea, número reducido de individuos en relación con toda la población, jamás puede llevar a cabo tal tarea.¹²⁸

Mañosamente el retrógrado pretende hacernos creer que desconoce la teoría de la representación política: otra cosa es que no la admita.

En el extremo del engaño, sabiendo como sabía de la naturaleza y la estructura de las Constituciones y de su carácter nomofundante y fundamental, pretendió descalificar todo *constitucionalismo* arguyendo: “¿qué ojo es capaz de abarcar todas las circunstancias para que determinada nación encaje en una Constitución?”, lo que constituye un doble despropósito, pues la Constitución no atiende todas las circunstancias sino *las más relevantes* para la organización político-jurídica de la nación en la que surge, por una parte y, por la otra, la propia Constitución, a lo largo de su vigencia y en virtud de ella, modifica o adecua las circunstancias *secundarias* a fin de acompañarlas a los supremos preceptos normativos, los constitucionales. De Maistre, no obstante lo anterior, subrayaba incisivamente:

Ha sido reducido el número de naciones libres que han brillado en la historia, pero ninguna de ellas se *ha constituido* a la manera de Paine. *Toda forma de gobierno es una Constitución divina, lo mismo que la soberanía en general.* Una Constitución en el sentido filosófico es, pues, sólo *el medio político de vida que es otorgada a cada nación por el poder que en ella actúa* y, en un sentido inferior, la Constitución no es más que el conjunto de aquellas leyes más o menos numerosas, que señalan este modo de vida...

¹²⁸ *Ibidem*, p. 43.

Fingiendo ignorar la gradación normativa, la *pirámide jurídica* de la que, mucho más tarde, tanto se hablaría y que él mismo, jurista erudito, conocía muy bien aunque no bajo esa etiqueta. Deslumbrado por el pragmatismo legal de los ingleses, dueños de una tradición singular e irrepetible, De Maistre sentencia y recomienda:

Cuanto más sensata y más dotada de espíritu público está una nación, cuanto más excelente es su Constitución, menos leyes constitucionales escritas posee, pues esas leyes no son más que apuntalamientos... La Constitución *natural* de una nación es siempre anterior a su Constitución *escrita* y puede pasarse sin ella. Cada Constitución, hablando propiamente, es una creación en el pleno sentido de la palabra y *toda creación está más allá de los poderes de los hombres*.

Bastaría con esto para cerrar su libro y... los restantes suyos. Aquí cabe clausurar el que venimos de comentar.